

te? Debemos suponer que, tratándose de Fidel Castro, nadie va a salir con la peregrina teoría de que ¡tenía miedo!<sup>4</sup>

Finalmente, Dorfman, presentando el contenido del discurso *La historia me absolverá*, de cara a la Cuba actual, afirma:

Cada triste hecho que Fidel denuncia, al que Fidel le declara la santa guerra revolucionaria, cada lacra ha sido borrada y en su lugar está el pueblo triunfante. Pero no se trata sólo de eso. No se trata sólo de que Fidel hace (?) la profecía de la liberación en cada palmo del territorio de la isla. A lo largo de *La historia me absolverá* sopla la solidaridad. Es la preocupación de Fidel por sus compañeros, heridos y muertos, por los adversarios nobles y engañados. Es la decisión de sacrificarse. Es la seguridad de que no se muere cuando se vive bien (?). Es la certeza de esperar lo mejor de cada ser humano. Es la honra y la dignidad y la alegría de pertenecer al género humano. Es la felicidad de sentir que la revolución es uno, es todos, es uno en todos.

En definitiva, entonces, el discurso de Fidel es el presagio de una nueva humanidad. Es la convocatoria de la vía cubana, que pone al hombre en el centro del interés, que pone por sobre todas las cosas al hombre nuevo en el corazón de la revolución. Es lo que Fidel ha llamado la construcción simultánea del socialismo y del comunismo. Es la madurez para aceptar prioridades, para gozar al mundo (?), y sus dificultades, y su construcción, tal cual es. Allá, procesado, encadenado, perseguido, Fidel no deja por un momento de confiar en el otro. En su actitud, en su fervor, en su desafío, Fidel anticipa la victoria final, no sólo de Cuba, sino de toda la especie<sup>5</sup>.

He aquí parte de una apología concreta que iconiza de un modo especial la figura de Castro. ¿Qué decir de ella? Sobre este paradigma de discurso triunfal y exitista hay que comentar lo siguiente: no es posible dejar de reconocer que visiones mesiánicas de la historia impiden un análisis crítico de un acontecimiento latinoamericano tan interesante como el cubano. Mutila todo lenguaje ideológico (y posición política, salvo el «foquismo») capaz de explicar causas y efectos concretos de un proceso socio-político determinado.

La sacralización redentora de un acontecimiento histórico, el que sea, legítimamente sujeto a distintos enfoques teóricos, ha provocado no pocas disputas (muchas veces estériles) en la reflexión política latinoamericana. Sobre todo por aquellas tentativas ideológicas acrílicas que buscan fundar, a partir de un personaje, todo un acontecimiento histórico, ignorando (¿voluntariamente?) ese discurso un conjunto de coordenadas (sociales, culturales, económicas) involucradas en el proceso. Es algo reconocido que así ocurre en mucha literatura militante registrada por nosotros, cuyas tesis políticas adquieren un sentido catequético. De aquí quizá la relación con iconos. Termina por ser una lenguaje puramente reproductor de una matriz generadora de vocabularios rectilíneos y esquemáticos. Es decir, reductores.

Toda indagación analítica respecto al suceso en cuestión pierde sentido y valor frente a postulados a priori sólidamente apoyados por determinados «rumbos de la Historia», gracias al entusiasmo sentimental elevado a su máxima pureza.

Creemos que el lenguaje modulado por Dorfman, cargado de tensiones por garantizar a toda costa la esperanza (mesiánica, pues el «reino» se instaura con ella) termina por crujiir frente a hechos producidos por la realidad.

Las cosas son más «simples»; todo puede ser visto con más realismo si miramos con humildad la historia, con menos vanidad: procesos políticos, líderes carismáticos, fuer-

<sup>4</sup> Castro, Fidel, ob. cit. p. 42.

<sup>5</sup> Ibidem. (*Las interrogaciones son nuestras*).

zas revolucionarias. Uno no sabe por qué frente a himnos y epopeyas se piensa involuntariamente en hermosos mitos, sintiéndonos todos muy pequeñitos y frágiles. Incapaces sin duda de enfrentarnos cara a cara con la razón y la verdad. Y con la escatología que se impone triunfal...

### 3

Existe una combinación particular entre pueblo y Estado en la sociedad cubana. Lo destacado en estos treinta años de Revolución es descubrir, en las fuentes consultadas, cómo en realidad atribuye el gobierno cubano a su propio pueblo la transformación ocurrida en la sociedad, intentando (inútilmente) dejar en la sombra la estatura política de Castro<sup>6</sup>.

El propio Castro atribuye a las bases de su pueblo el papel liberador existente en la sociedad hoy, advirtiendo además que gran parte de la política se apoya en órganos vinculantes con un «poder popular», más efizas y directo que la democracia formulada y vivida por el «mundo burgués». Así responde el líder de la revolución cubana a Frei Betto una vez que éste afirma que «muchos sienten admiración por los logros sociales, económicos, en la educación, en la salud, de la Revolución cubana, mas dicen que en Cuba no hay democracia como en Estados Unidos, en Europa occidental, donde la gente va a las elecciones, cambia de gobierno. ¿Qué diría usted sobre eso: hay o no hay democracia en Cuba?» Fidel Castro dice: «Mira, Frei Betto, sobre esto pudiéramos estar hablando largo tiempo, y creo que nuestra entrevista ha sido ya bastante larga. Yo no debo abusar de tu tiempo, y ni siquiera de la paciencia de los lectores que van a leer esta entrevista. Yo realmente pienso que toda esa supuesta democracia es un inmenso y gigantesco fraude, así, literalmente»<sup>7</sup>. Y luego añade:

Yo te digo que en este país no se toman jamás, sobre cuestiones importantes, fundamentales, decisiones unipersonales, porque tenemos una dirección colectiva que es donde se analizan y discuten esas cuestiones. En nuestras elecciones participa más del 95 por 100 de los electores. Los candidatos que se postulan en la base, los delegados de circunscripción, donde cada 1.500 ciudadanos aproximadamente en las grandes ciudades, en algunos casos mil o menos de mil si es en el campo o en circunscripciones especiales, según el territorio, eligen un delegado, son postulados por los propios vecinos. En nuestro país hay en total alrededor de 11.000 circunscripciones; prácticamente por cada 910 ciudadanos hay un delegado en este país. A esos delegados no los postula el partido; a esos delegados los postulan las asambleas de vecinos directamente. Pueden postular hasta ocho por cada circunscripción y como mínimo dos; si alguien no obtiene la mitad más uno, entonces debe ir a una segunda elección. Y ellos son los que eligen los poderes del Estado en Cuba, son los que eligen el poder municipal, el poder provincial, son los que eligen la Asamblea Nacional, y más de la mitad de la Asamblea Nacional de nuestro país está integrada por esos delegados elegidos en la base y postulados por el pueblo. Yo, por ejemplo, no soy un delegado de base; pertenezco a la Asamblea Nacional, soy postulado y electo por los delegados de base de un municipio, el de Santiago de Cuba, donde iniciamos precisamente nuestra lucha revolucionaria.

<sup>6</sup> ¿Por qué decimos «inútilmente»? Porque hasta el exilio cubano, en Miami o en Madrid, reconoce la popularidad seductora de la imagen de Castro en la población de Cuba: cf. Romano, Vicente: Cuba en el corazón. Testimonios de un desarraigo, *Anthropos, Barcelona*, 1989. F. Mires estima que Castro adquiere el estatuto de «líder simbólico» en cuanto referencia permanente de determinadas acciones políticas en la historia latinoamericana. Cf. Mires, Fernando: La rebelión permanente. Las revoluciones sociales en América Latina. Siglo XXI, México, 1988, p. 447.

<sup>7</sup> Betto, Frei: Fidel y la religión. *Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana*, 1985, pp. 345-46.

Esos delegados de base son esclavos del pueblo, porque tienen que trabajar arduamente en horas extras, sin cobro alguno, excepto el que reciben como salario de su ocupación habitual. Cada seis meses deben dar explicación a los electores de su trabajo, a la asamblea de electores, y pueden ser removidos; cualquier funcionario de este país puede ser removido por los que lo eligieron en cualquier momento. Esto supone la mayoría del pueblo; si no tuviéramos la mayoría del pueblo, si la revolución no tuviera la mayoría del pueblo, no podría sostenerse el poder revolucionario<sup>8</sup>.

La defensa y la reivindicación de la democracia en los términos enunciados por Castro no es algo divulgado sólo en la isla. Formulaciones mucho más acabadas de esta noción política, necesaria de ser empleada en el contexto del Tercer Mundo, las encontramos (no sin discusiones), por ejemplo, en la racionalidad política y en los criterios ideológicos afirmados por Cueva<sup>9</sup>. En todo caso, recuperando esas opiniones de Castro, ilustrativo resulta caracterizar aquí el contenido de esa concepción democrática gracias a la ponencia de Susy Castor en el «Segundo encuentro de intelectuales por la soberanía de los pueblos de nuestra América» (1985), titulada *El combate por la democracia en América Latina*. Castor dice en un texto confuso, no sin ambigüedad:

La Revolución cubana, con la adopción del socialismo, representa la culminación de esta marcha: una gran revolución popular que no pudo ser desvirtuada, prostituida ni derrotada, y que permitió por vez primera el pleno cumplimiento del proyecto democrático que ha venido atravesando la historia del continente y la concreción del anhelo de las mayorías. Se define en términos de reconquista de la soberanía nacional, de un real ejercicio de la soberanía popular y de un ordenamiento político a nivel del Estado que asocia el discurso político con los hechos y que integra el ordenamiento jurídico dentro de la práctica del poder popular. Por tanto, la Revolución cubana representó la culminación del cuestionamiento que venían haciendo los pueblos del continente ante la llamada democracia representativa, y la ruptura con ella. La Revolución cubana, con las transformaciones de la estructuras económicas, políticas, sociales e ideológicas de la sociedad, marcó una nueva etapa en la definición de la democracia en América Latina (p. 27-28) ...La Revolución cubana marcó una nueva etapa dentro del acontecer político latinoamericano y representó un logro inconmensurable en la marcha de nuestros pueblos hacia el cambio histórico. Por primera vez funciona en el continente una democracia no formal sino popular y efectiva, con la participación del pueblo en las decisiones que le conciernen (p. 32)<sup>10</sup>.

## 4

La permanente promoción que se ha hecho en la sociedad cubana a partir de 1959 de la «defensa» ante el ataque del «enemigo» (advertencias no siempre irreales) induciendo a determinados preparativos combativos, cobra un eco particular no sólo en el ámbito militar de la isla, sino también en ámbitos psicológicos de la población. Esta combinación psico-castrense incide de un modo especial en la cosmovisión ideológica adquirida en la sociedad cubana, que ha abonado un camino adecuado para que la «seguridad» y la «defensa» sean valores normativos especialmente privilegiados en la isla. Los Comités de Defensa de la Revolución (CDR), por ejemplo, cuadros intermedios activos y vigilantes en el tejido poblacional cubano, representan un claro paradigma de lo afirmado. Y tam-

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 351-52.

<sup>9</sup> Cf. Cueva, Agustín: *Democracia en América Latina. Araucaria de Chile*. 46 (1989) pp. 13-24; *China, Hugo: Libertad, sí; pero ¿cuál? Algunas consideraciones acerca del concepto de libertad, La Nueva Gaceta. Periódico mensual de arte y literatura publicado por la unión de escritores y artistas de Cuba*. N.º 6 (1985) pp. 8-9; véanse también las críticas de E. Galeano a las democracias recuperadas después de acabados los regímenes militares en Latinoamérica: *Fuerzas Armadas y democracia «travestida» en América Latina. Araucaria de Chile*, 38 (1987) pp. 27-34; además, *Sobre la necesidad de tener ojos en la nuca. Araucaria de Chile* 41 (1988) p. 75-84.

<sup>10</sup> Segundo encuentro de intelectuales por la soberanía de los pueblos de nuestra América, en *Casa de las Américas*, pp. 155-56 (1986).